

Hernán Darío Correa C ■

Ha sido librero e investigador social; es editor del Centro de Estudios de la Realidad Colombiana (CEREC).

La palabra y el ensayo: ella y él entrelazados en el alma

Hernán Darío Correa C

La palabra y el ensayo: ella y él entrelazados en el alma

*Mi madre nunca tiene en mis poemas
un lugar muy exacto.
Siempre está dando vueltas
huyendo y regresando
aquí allá de la vigilia al alba,
limpiando
y remendando mis palabras
como si fuera oficio de la casa"*
Miguel Méndez Camacho.

*"Pequeño poema a mi padre
en espera de una larga
y tendida conversación
que muy probablemente
jamás tendrá lugar.*

*Con usted no puedo hablar de nada
a pesar de que mis ojos
y mi nariz sean suyos
(me lo han dicho)
de que yo haya sido
su mayor imprudencia
(me lo han dado a entender)
y de que en cierto modo
sea usted quien camina
(soy yo quien lo sospecha)
cuando voy por la calle.
Nicolás Suescún.*



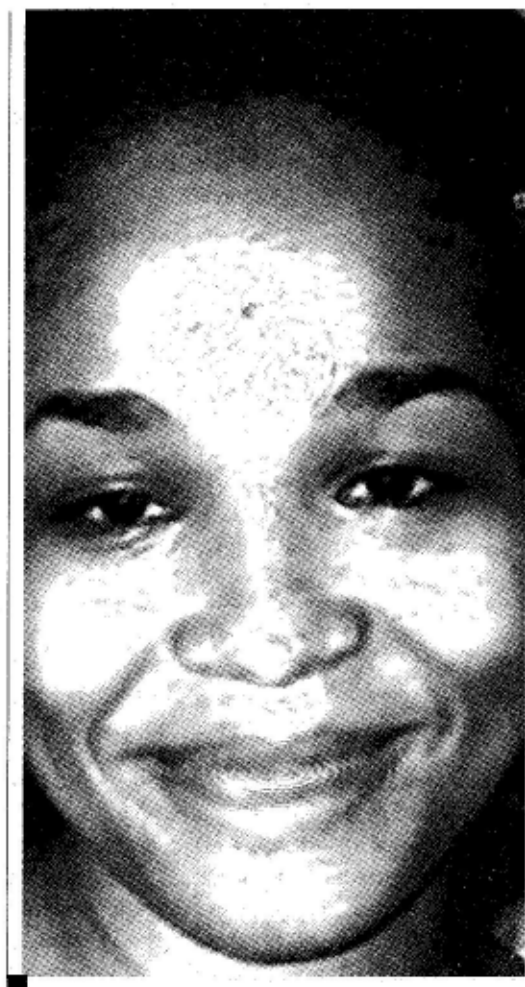
Si, entre la casa, el cuerpo y la calle; entre esa forma perenne del pasado que es la casa, y el eterno presente de un cuerpo que se lleva, o que nos lleva; entre una madre "que huye y que regresa", y un padre a quien se espera pero sorprende dentro...

Entre la una, y el otro, ambos "otros", vas a tientas naciendo a las palabras que, poco a poco, desde el trajín que las remienda, o desde la soledad de "una conversación que no tendrá lugar" y que las ahoga pero las convoca al mismo tiempo, las palabras se hacen tuyas; te permiten conquistar un poema de lugares imprecisos, pero propios; te dejan escribir o leer una carta-poema de sospechas profundas sobre las trampas de ser; o unas notas como las que siguen, sobre el ser hombre que te han deparado la naturaleza y el destino. (Sí, naturaleza y destino, otra vez ella y él, entrelazados en el ser, dibujados en el tejido de las palabras).

Tejidos, costuras, hilvanes, remates de sentido que se aprende por la piel, por el abrazo y la mirada materna que te fija en el centro. Ideal de amor que te posee y te modela, hasta el desgarramiento de la tela cotidiana: la casa desolada a la hora de la siesta, cuando no te quedaba más que tenderte sobre la baldosa y dormirte lentamente sobre ese lecho frío lejos de la cánicula; o despertar al amanecer, antes de tiempo, y empezar a soñar el mundo aún a oscuras: las primeras conjeturas propias, secretas, que a la

postre permiten la primera, piadosa mentira que te deja solo: fingirte dormido para jugar y asegurar un orden cotidiano donde en todo caso ya no cabes.

Y entonces, la soledad, y la fuga; y un juego de presencia y ausencia que hace entrañables, respectivamente, las cosas de la casa, y las palabras, pero que al mismo tiempo te deja la sospecha de que algo anda mal, que no todo es cercanía, que eres extranjero entre propios.



La cotidiana pero siempre sorpresiva irrupción del padre en el orden riguroso de la casa. Su palabra en la mesa es La palabra, pero también la posibilidad de descubrir el cielo que se abre más allá y después de los rituales domésticos: en la noche, después de la oración familiar, aparece el poema que se recita como una forma de permanecer frente a la brisa, sobre el prado; el padre declama de cara a las estrellas versos sobre la luz que implora un vagabundo ávido de redención; o sobre el puente donde se ora y se llora mientras crece la hiedra de la vida sobre las piedras del cementerio. Y tú repites hasta aprenderte, ¿qué? ¿el poema? ¿el sentimiento que lo recuerda? o ¿el que lo recita? En todo caso, por ahora, la poesía como transformación y permanencia. Y una pregunta que te asalta: ¿Se puede? ¿Es posible inventar y ser tras el abismo de aquella sospecha?

Mientras tanto, los días van tomando forma: momentos, lugares, sensaciones y sentimientos que te alejan de lo íntimo de aquellos otros momentos, pero que también te van dejando algo propio, único: El amanecer donde felizmente se redescubre a la madre; la mañana que avanza por los recodos de la intimidad de los niños, apenas sospechada por los mayores, mientras se construyen complicidades, juegos, tanteos eróticos

con la hermana y compañera de la misma edad; el mediodía en la ventana donde se anhela el regreso del hermano mayor; ya aventurado a un mundo abierto y ajeno apenas intuido y deseado; la tarde infinita del sopor; la quietud y el sueño inmovilizados por el calor en los corredores desolados; la anhelada

brisa del atardecer que campea en el antejardín, cuando Rosa riega el prado, ríe y moja la lustrosa piel de sus piernas magníficas; la noche y la mesa donde se reza, se teje o se conversa; otra vez la cama donde todo se va decantando como los arroyos que dejan los aguaceros.

V

¡Leer! Tu madre te pasea con paciencia por las letras. Tú te diviertes escuchándola y observando sus labios entrecerrados para figurarte el sonido de una sílaba tras otra, hasta la sonrisa que acompaña la palabra fresca. Entonces, palpar la letra impresa y sus sonidos como texturas o aromas, hasta la sensación de que nace ante tí la piel de las cosas, en tanto se completa su sentido cuando las tocas.

La magia de otro mundo entreverado en el mundo y asomado a las páginas y a los labios. Algo más donde se recrea el juego íntimo: las etiquetas, "la prensa", los cuentos, los libros... y la mirada, tu mirada, que empieza a escoger. Fruición. Avidez. Exaltación y alegría interiores. ¿Tu propia selección? ¿Libertad? Otra vez la soledad, ahora discurriendo concientemente, en el silencio.

VI

El colegio. Por fin el mundo? Sólo para hombres. Lo Masculino. Tantos, tan parecidos. Miradas, sospechas, agresividades, competencia. Selecciones, edades, estaturas, discursos, espacios inmensos por recorrer, autoridad, deber, castigo, culpa, trabajo, éxito, salvación, gracia. Crueldad, y violencia. Amistad, afinidades, complicidad...

Palabras desiguales que se escuchan, o se aprenden, o se empiezan a adivinar poco a poco en tanto se palpa con sorpresa su sentido. Promesas interiores. Impulsos. Retraimientos. Diálogo interior.

El colegio vecino, "femenino", cerrado. Inaccesible. Distante. Resguardado. Sin palabras aún. Apenas sentido como mundo.

VII

¿El mundo? Sí, el mundo, mero paisaje que se recorre. Divisiones tajantes, abigarramiento y confusión. Lo distante es ajeno. Pero también sorpresas: la música de Rosa repetida y celebrada por la fiesta popular en el quiosco de la playa, La orquesta, el baile. Comunidad, sensualidad y ritmo, deseo, los adultos: otras complicidades; alegría; tensión; y complicaciones: embriagueces, celos, odios, discusiones, fuerza, hablar y hablar; la razón, y el mando. Lo masculino "autónomo": La acción y El trabajo.

(Otra vez ella y él, ahora desenvueltos ambos desde los cuerpos adultos que se figura y se presentan como suficientes, grandes, poderosos. Vanidad, pero también inexorable sumisión: "Hasta aquí llego hoy, pues mañana...". ¡El tiempo en futuro! El orden. Los horarios. Evasiones. Justificaciones. El deber, abierto, y el deseo, cerrado. Silencios. Conversaciones que nunca tendrán lugar. Miedo a la muerte, lo femenino cerrado).

VIII

No mucho después tu padre te sacó del mar y del cielo estrellado, y sobrevino un viaje largo hacia tierras entre montañas donde el horizonte prometido del mundo se redujo a paseos hasta el otro lado de los ríos donde ya no había música.

Un duelo prolongado, otra vez extranjero, esta vez en un mundo de por sí distante, diferente. Entonces la casa como universo y como jaula: Tu hermano y tu hermana mayores se encerraron cada uno a tejer sus propios duelos: él atesorando lecturas como "sendas perdidas"; ella guardando en cajas espléndidas estampas laminadas de la virgen flotando entre nubes, halos y rayos celestiales, o inmovilizando serpientes y mostrando sus delicados pies sobre la luna. Tú esculcabas ambos tesoros y empezabas a guardar en tí mismo, sin saberlo, palabras, símbolos, imágenes y sobre todo los anhelos y las formas de ser de aquellos que más tarde sucumbieron cada uno a su manera.

Tu padre dejó el ahora imposible prado de antaño y empezó a desbaratar puertas, utensilios y muebles que volvía a armar, mientras tu madre seguía tejiendo con cada año un nuevo ajuar infantil. Tu compañera de los primeros juegos creció primero que tú y se alejó. En el colegio se llenaron de vida aquellas primeras palabras, y tuviste que aprender a sobrevivir en plena competencia: el deporte, la burla a los maestros, trompadas y mentiras de otra índole: escuchar inevitablemente los relatos de las proezas sexuales de tus compañeros, mañanas y tardes detrás del balón como refugio público, caminatas por la montaña y conversaciones interminables con los pocos amigos que también huían de ese orden que con tanta fidelidad remedaba a los adultos. Pero también habías aprendido a recitar, y te refugiaste en tus propias, solitarias caminatas nocturnas aprendiendo versos que te acercaban a "la vida profunda" o te dejaban conversar con las constelaciones...

IX

Años después, muerto tu padre empezarías a soñar con un infinito arenal donde antes estaba el mar; o con un vuelo vertiginoso hacia las estrellas acompañando a tu hermana en su

viaje prematuro hacia el más allá. Y empezaría la inversión de la rosa de los vientos de tu búsqueda...

X

Las pilas de libros que habías amontonado uno tras otro a la vera de las correrías nocturnas de tus lecturas obsesivas, empezaron a pesarte como muros, y ensayaste otras correrías por el mundo. Fue la conversación la que te abrió aquel mundo cerrado: Aprenderías sobre la tenacidad de las mujeres y su decisión implacable en las ocasiones, pocas, en que el orden dominante les reconoce la razón;

descubrirías que aquellos labios y su música te dejaron prendado hasta tu muerte de las voces femeninas que conversan y entretejen las horas entre aromas, risas, texturas y manualidades. Y sabrías que hay cosas que se te escapan y que son ellas quienes con sus ojos te las rescatan o te las dejan perder inexorablemente de tu propio horizonte.

Descubrirías tu propio cuerpo en la mirada y el deseo de ellas sobre ti. Amarías y te amarían, primero a tuestas, como antaño, y luego también a tuestas. Y te equivocarías: aprenderías qué es la crueldad, y conocerías el dolor; y la extraña sensación que sobreviene cuando tus torpes manos se apresuran, impacientes, se adelantan y desconfían del tiempo que te ofrece el amor;

deshaciendo por sí mismas el deseo, ignorando el tiempo del cuerpo femenino, confundiendo lo que creías potencia de tu propio cuerpo, con el hecho de que el amor y el mismo deseo crecen juntos cuando dos cuerpos se sumergen en el lago profundo de sus miradas, más allá de la primera mirada.

XI

Matrimonio. Intento de congelar el tiempo y de reinventar el mundo desde la casa. Idilio. Ensayaste entonces, soberbio, a ser padre y madre al mismo tiempo. Jugaste un juego totalitario, absoluto, de patriarca, padre y esposo, pretenciosa coartada doméstica frente a un mundo que ya habías aprendido a conocer como escenario de poder: Comodidad,

remedo del orden dominante: propiedad, representaciones, hasta empezar a desbaratar y a rearmar tus propias puertas. Sospecha. La ronda del miedo a la muerte: medicamentos, desencuentros, inculpaciones, reconciliaciones, fugas, celos, la violencia escondida en el silencio. Y así, los días como paredes donde el reo marca el transcurrir de su condena inexorable.

XII

Hasta que descubriste que en tu pretendida síntesis doméstica sólo había un intento de permanecer como hijo escondido. O incomprendido. Y fue precisamente tu primer hijo quien te sorprendería un amanecer haciendo las mismas trampas que tú hacías, que hasta entonces habías olvidado, y te abriría el

pecho con sus ojos enormes y quietos, abiertos "como faros de luces negras", dividiendo en dos el cielo de su cuarto, dejando al descubierto el antiguo sentido de tus propios insomnios, despellejando tus primeras preguntas y sensaciones sobre los abismos interestelares, ahora repetidos en tu propio pecho.

Desde entonces, siempre, ella y él: la soledad, y el amor. Y con ellos, todos los que han sido tuyos, en los recodos más íntimos o en los tiempos más repetidos, pero tuyos en tanto han caminado contigo bajo las estrellas de tus días; tus amores y tus odios flotando en una ronda permanente sobre el abismo de tus propias preguntas, hilando intimidades

perennes, recreando sorpresas cada vez que la vida derrumba y deja al descubierto las galerías escondidas de tu memoria.

Otra vez ella y él. Ella, la palabra, madre de tus pasos, naturaleza de tus días. Él, el ensayo, camino y, quizá, destino. ◆